

El maravilloso cimiento de nuestra fe

Presidente Gordon B. Hinckley

Véase *Liahona*, noviembre de 2002, págs. 80–81



Declaramos sin duda alguna que Dios el Padre y Su Hijo, el Señor Jesucristo, se aparecieron en persona al joven José Smith...

...Nuestra fortaleza entera se basa en la validez de esa visión. O sucedió o no sucedió; si no ocurrió, quiere decir que esta obra es un fraude; si ocurrió, quiere decir que es la obra más importante y maravillosa debajo de los cielos.

Piensen en ello, hermanos y hermanas. Los cielos permanecieron sellados durante siglos. Varios hombres y mujeres buenos —personas realmente grandiosas y maravillosas— trataron de corregir, fortalecer y mejorar su sistema de adoración y el conjunto de su doctrina. A ellos rindo honor y respeto. El mundo es un lugar mejor debido a sus acciones valientes. Aunque considero que su obra fue inspirada, no se vio favorecida con la abertura de los cielos ni con la aparición de la Deidad.

Luego, en 1820, se recibió esa gloriosa manifestación en respuesta a la oración de un jovencito que en la Biblia familiar había leído las palabras de Santiago: “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, quien da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada” (Santiago 1:5).

Sobre esa singular y extraordinaria experiencia se basa la validez de esta Iglesia.

En todos los registros de la historia religiosa no hay nada que se le compare. En el Nuevo Testamento se encuentra el relato del bautismo de Jesús, en que se oyó la voz de Dios y el Espíritu Santo descendió en forma de paloma. En el Monte de la Transfiguración, Pedro, Santiago y Juan vieron delante de ellos al Señor transfigurado; oyeron la voz del Padre, pero no le vieron.

¿Por qué tanto el Padre como el Hijo se aparecieron a un muchacho, un simple jovencito? Por una razón: Ellos vinieron para dar inicio a la más grandiosa de las dispensaciones del Evangelio de todos los tiempos, en que todas las dispensaciones anteriores se congregarían y se agruparían en una...

El instrumento en esta obra de Dios fue un jovencito cuya mente no estaba atestada de las filosofías de los hombres. Esa

mente estaba limpia y sin el adiestramiento en las tradiciones de esa época.

Es fácil ver por qué la gente no acepta este relato. Es algo casi incomprensible, y sin embargo es sumamente razonable. Las personas que están familiarizadas con el Antiguo Testamento admiten la aparición de Jehová a los profetas que vivieron en esa época relativamente sencilla. ¿Pueden ellas con razón negar la necesidad de que el Dios de los cielos y Su Hijo resucitado aparecieran en este periodo sumamente complejo de la historia del mundo?

Testificamos de estas cosas extraordinarias: de que ambos vinieron, de que José les vio en Su gloria resplandeciente, de que Ellos le hablaron y que él oyó y registró Sus palabras.

Conocí a alguien que decía ser intelectual, que dijo que la Iglesia era prisionera de su propia historia. Le respondí que sin esa historia no tenemos nada. La veracidad de ese acontecimiento singular, excepcional y extraordinario es el elemento fundamental de nuestra fe.

Pero esa gloriosa visión era tan solo el comienzo de una serie de manifestaciones que constituyen la historia de los primeros días de esta obra.

Como si esa visión no fuese suficiente para corroborar la personalidad y la realidad del Redentor de la humanidad, a ello le siguió la aparición del Libro de Mormón; he aquí algo que el hombre podía tener en sus manos, que podía “sopesar”, por así decirlo; podía leerlo, podía orar en cuanto a él, ya que contenía una promesa de que el Espíritu Santo declararía su veracidad si ese testimonio se buscaba por medio de la oración...

A todo ello siguió la restauración del sacerdocio: primero, el Aarónico bajo las manos de Juan el Bautista, quien había bautizado a Jesús en el Jordán.

Luego vinieron Pedro, Santiago y Juan, apóstoles del Señor, quienes confirieron en esta época aquello que habían recibido de las manos del Maestro con quien habían caminado, incluso “las llaves del reino de los cielos” con autoridad para atar en los cielos lo que ellos ataren en la tierra (véase Mateo 16:19).

Posteriormente se confirieron llaves adicionales del sacerdocio bajo las manos de Moisés, Elías y Elías el Profeta.

Piensen en ello, hermanos y hermanas. Piensen cuán maravilloso es.

Esta es la iglesia restaurada de Jesucristo. Nosotros somos Santos de los Últimos Días. Testificamos que los cielos se han abierto, que se ha partido el velo, que Dios ha hablado y que Jesucristo se ha manifestado a Sí mismo, a lo que siguió el otorgamiento de la autoridad divina.

Testificamos que los cielos se han abierto, que se ha partido el velo, que Dios ha hablado y que Jesucristo se ha manifestado a Sí mismo.

